Hay palabras que repetimos tantas veces que corremos el riesgo de olvidar su profundidad. Cada domingo, millones de católicos se ponen en pie durante la Santa Misa y comienzan a pronunciar una de las fórmulas más importantes de toda la vida cristiana: «Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso…».

La recitamos casi de memoria. La hemos escuchado desde niños. Sus expresiones nos resultan familiares y, sin embargo, quizá nunca nos hayamos detenido a pensar en una cuestión aparentemente sencilla, pero cargada de significado: ¿por qué llamamos «Símbolo» al Credo?

¿Por qué la Iglesia no lo denomina simplemente declaración de fe, profesión religiosa o resumen de la doctrina cristiana? ¿Qué significa exactamente esa palabra? ¿Qué relación guarda con el mundo de la antigua Roma, con sus soldados, sus signos de reconocimiento y sus formas de acreditar la identidad de una persona? ¿Y qué tiene que ver todo ello con nosotros, los católicos del siglo XXI?

La respuesta nos conduce hasta las raíces mismas de la Iglesia, hasta las primeras comunidades cristianas, hasta los catecúmenos que se preparaban para recibir el Bautismo y hasta aquellos mártires que prefirieron entregar su vida antes que renegar de Jesucristo.

Comprender por qué el Credo recibe el nombre de Símbolo no es una mera curiosidad etimológica. Nos ayuda a entender qué significa pertenecer a la Iglesia, qué implica confesar públicamente la fe y por qué el cristianismo no consiste simplemente en aceptar unas ideas, sino en adherirse a una Persona: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, muerto y resucitado para nuestra salvación.

Y nos plantea una pregunta decisiva: ¿somos conscientes de lo que estamos diciendo cuando pronunciamos el Credo?

1. ¿Qué significa realmente la palabra «Símbolo»?

Para comprender el significado cristiano de esta palabra, debemos comenzar por su origen.

El término símbolo procede del griego sýmbolon (σύμβολον), relacionado con el verbo symbállein, que significa reunir, juntar o poner en correspondencia dos cosas.

En el mundo antiguo, un símbolo podía ser un objeto, una señal o una contraseña que permitía reconocer a una persona, confirmar una relación o acreditar que alguien pertenecía a un determinado grupo.

No debemos imaginar necesariamente el símbolo como una imagen abstracta, como una figura geométrica o como un dibujo cargado de un significado secreto, tal y como solemos entender la palabra en el lenguaje moderno. Su sentido antiguo era mucho más concreto: el símbolo servía para reconocer, identificar y establecer una correspondencia entre personas o realidades vinculadas entre sí.

Esta idea es fundamental para comprender por qué la Iglesia llamó Símbolo a la profesión de la fe cristiana.

El Credo no es una colección arbitraria de frases religiosas. Es una fórmula que permite reconocer y expresar la fe que la Iglesia ha recibido de los Apóstoles, que conserva a través de los siglos y que transmite a cada nueva generación de bautizados.

Cuando un católico pronuncia el Credo, no está inventando una religión personal ni exponiendo únicamente sus opiniones particulares acerca de Dios. Está confesando la fe de la Iglesia, una fe que le precede, que ha sido transmitida por otros y que él mismo está llamado a transmitir.

Por eso, el símbolo tiene una dimensión personal y, al mismo tiempo, comunitaria.

Es personal porque cada uno debe creer libremente y responder a Dios con su propia inteligencia y voluntad. Nadie puede realizar en nuestro lugar el acto interior de fe.

Pero es también comunitario porque el contenido de esa fe no lo construimos individualmente. Lo recibimos de Cristo por medio de la Iglesia.

San Pablo expresa esta relación entre la fe recibida y la fe proclamada con unas palabras extraordinariamente profundas:

> *«Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí».*
>
> *— 1 Corintios 15,3*

El Apóstol no presenta el Evangelio como una doctrina que haya inventado por su cuenta. Se reconoce depositario de algo que ha recibido y que tiene la responsabilidad de transmitir fielmente.

Esa es también la lógica del Credo: recibir, creer, confesar y transmitir.

2. El símbolo en la Antigüedad: una señal que permitía reconocerse

Para entender mejor esta cuestión, conviene detenernos en el mundo antiguo, especialmente en las sociedades griega y romana, en las que las señales de reconocimiento, los documentos de identidad y los signos de pertenencia desempeñaban un papel importante.

Debemos hacer una precisión histórica: la palabra symbolon es griega, y el ejemplo de las dos mitades de un objeto partido pertenece al mundo antiguo en sentido amplio; no fue una invención exclusivamente romana ni una práctica reservada a los soldados romanos. Sin embargo, la cultura romana conoció también diversos signos, contraseñas y distintivos con los que se identificaba a las personas, se acreditaba su condición o se transmitían órdenes.

Esta distinción es importante para no confundir la historia del término con la aplicación cristiana que posteriormente adquirió.

2.1. Dos mitades que volvían a reconocerse

Imaginemos una situación propia de la Antigüedad.

Dos personas establecen una relación de hospitalidad, amistad o confianza. Para dejar constancia de ese vínculo, toman un pequeño objeto —por ejemplo, una pieza de cerámica— y lo dividen en dos partes. Cada una conserva una mitad.

Mucho tiempo después, cuando los descendientes de aquellas personas se encuentran, pueden presentar las piezas. Si ambas encajan, disponen de una señal material que confirma la relación existente entre sus familias.

El objeto no crea por sí solo la amistad ni constituye necesariamente un contrato jurídico en sentido moderno. Su función es hacer reconocible una relación que ya existe.

La idea esencial es esta: dos partes separadas pueden reconocerse porque existe entre ellas una correspondencia previa.

El símbolo es, por tanto, algo más que un adorno. Tiene una función identificadora y relacionante.

El Catecismo de la Iglesia Católica recoge expresamente esta explicación en el número 188, al señalar que el término griego symbolon designaba la mitad de un objeto partido que se presentaba como señal de reconocimiento. Las partes se reunían para verificar la identidad de quien las portaba.

Esta imagen nos ayuda a comprender el significado profundo del Credo.

Cuando dos católicos de países distintos, de épocas diferentes o de culturas muy alejadas entre sí confiesan la misma fe, reconocen que comparten una misma profesión fundamental: creen en el mismo Dios, confiesan al mismo Jesucristo y reciben la misma fe apostólica.

No es necesario que se conozcan personalmente, que hablen el mismo idioma o que pertenezcan a la misma nación. La confesión de la fe los vincula a una misma comunión eclesial.

2.2. ¿Qué era el símbolo en la antigua Roma?

En la sociedad romana encontramos realidades que nos permiten comprender esta función de reconocimiento.

Los romanos empleaban sellos, anillos signatarios, tablillas, credenciales y diferentes tipos de distintivos. En determinados contextos se utilizaban también contraseñas y señales para identificar a quienes estaban autorizados a realizar una acción o para reconocer a los miembros de un grupo.

En el ámbito militar, por ejemplo, las órdenes y las contraseñas podían servir para distinguir a los propios de quienes no pertenecían a una unidad o para facilitar la coordinación entre las tropas. La tradición militar romana conoció el uso de contraseñas, frecuentemente relacionadas con la tessera militar.

Conviene, no obstante, distinguir los términos: symbolon es una palabra griega; tessera es una palabra latina que podía designar, según el contexto, una tablilla, ficha o pieza utilizada con diversas finalidades. No eran palabras idénticas ni todos los objetos empleados para identificarse recibían el nombre de símbolo.

Lo que nos interesa es la función común de estas realidades: permitir un reconocimiento, transmitir una información o acreditar una pertenencia.

El símbolo de la fe cristiana se mueve en un plano más profundo, porque no se limita a identificar exteriormente a un individuo. Expresa aquello que el creyente profesa acerca de

Dios y la relación que esa fe establece entre él y la Iglesia.

Podemos distinguir, por tanto, tres dimensiones:

- Identificación: permite reconocer una profesión de fe determinada.
- Comunión: manifiesta que quienes la profesan comparten una misma fe.
- Transmisión: conserva y comunica a las generaciones siguientes el contenido esencial de esa fe.

Estas tres dimensiones están presentes en el uso cristiano del término, aunque la fe no pueda reducirse a una contraseña ni la pertenencia a la Iglesia pueda juzgarse exclusivamente por la repetición exterior de una fórmula.

2.3. Del reconocimiento exterior a la confesión del corazón

Aquí aparece una diferencia decisiva.

En una sociedad antigua, una contraseña podía bastar para que un guardia reconociera a alguien como miembro de una expedición o como persona autorizada para atravesar una puerta. La contraseña cumplía su función si era la correcta.

En la vida cristiana, sin embargo, pronunciar correctamente el Credo no equivale automáticamente a vivir como discípulo de Jesucristo.

Un hombre puede conocer todas sus palabras y, al mismo tiempo, vivir de espaldas a los mandamientos. Puede afirmar que cree en Dios y despreciar al prójimo. Puede proclamar la resurrección de Cristo y vivir como si la muerte tuviera la última palabra.

La Iglesia no enseña que la pronunciación exterior sea suficiente, sino que la fe debe ser verdaderamente profesada y acogida interiormente.

San Pablo escribe:

> *«Porque, si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo».*
>
> *— Romanos 10,9*

Observemos cómo el Apóstol une dos realidades: la confesión exterior y la fe interior.

No se trata de contraponerlas, sino de comprender que deben estar unidas. La fe del corazón busca expresarse en la confesión de la boca, y la confesión pública reclama una vida coherente con aquello que se proclama.

El Credo es, así, un signo de identidad cristiana, pero no una contraseña mágica. Es una profesión de verdad que compromete a la persona entera.

3. ¿Por qué la Iglesia aplicó la palabra «Símbolo» al Credo?

Llegamos al núcleo de nuestra cuestión.

La Iglesia primitiva necesitaba transmitir fielmente la enseñanza recibida de los Apóstoles. Los cristianos no se reunían simplemente para compartir sentimientos religiosos o para expresar distintas opiniones sobre lo divino. Creían haber recibido una revelación real de Dios, culminada en Jesucristo, y tenían la obligación de custodiarla y anunciarla.

Desde sus orígenes, las comunidades apostólicas emplearon fórmulas breves para expresar los elementos esenciales de la fe. Una de las confesiones más antiguas que encontramos en el Nuevo Testamento es:

> *«Jesús es el Señor».*
>
> *— Cf. Romanos 10,9; 1 Corintios 12,3*

Esta afirmación, aparentemente sencilla, contenía una confesión extraordinaria. Jesús, crucificado bajo el poder romano, era proclamado Señor. Para los cristianos, su muerte no había sido una derrota definitiva: Dios lo había resucitado y lo había constituido Señor y Mesías.

También encontramos en 1 Corintios 15,3-5 una fórmula de fe transmitida por san Pablo que proclama la muerte de Cristo por nuestros pecados, su sepultura, su resurrección al tercer día y sus apariciones.

Es decir, mucho antes de que existieran las fórmulas completas del Credo que hoy recitamos, la Iglesia ya transmitía resúmenes fundamentales de su fe.

Con el tiempo, estas confesiones fueron articulándose en fórmulas más desarrolladas, especialmente vinculadas a la preparación para el Bautismo.

El Catecismo explica que estas síntesis reciben varios nombres:

- Profesiones de fe, porque expresan aquello que los cristianos profesan.
- Credos, porque la palabra inicial habitual en latín es Credo, «creo».
- Símbolos de la fe, porque identifican la confesión cristiana, expresan la comunión entre los creyentes y reúnen las principales verdades que deben ser creídas.

¿Por qué, entonces, Símbolo?

Porque el Credo es una señal reconocible de la fe cristiana y, al mismo tiempo, una síntesis de su contenido. No se limita a indicar que alguien se considera religioso: expresa en qué cree ese cristiano.

Y aquí debemos comprender algo esencial: el símbolo cristiano no es una creación humana que pretende sustituir a la realidad divina. La fórmula del Credo sirve a la fe que confiesa; no inventa a Dios, no produce la verdad revelada y no convierte en verdadero aquello que antes era falso.

La Iglesia formula con palabras humanas las verdades que ha recibido de la Revelación divina. Por eso, la autoridad del Credo no descansa en la preferencia de una generación ni en el gusto particular de un individuo, sino en su fidelidad a la fe apostólica, custodiada y transmitida por la Iglesia.

3.1. El símbolo es una síntesis, no una reducción de la fe

La palabra symbolon adquirió también el sentido de recopilación, colección o resumen. Esta segunda acepción resulta igualmente importante.

El Credo reúne en unas pocas frases las verdades fundamentales de la fe cristiana. No contiene, palabra por palabra, toda la Sagrada Escritura ni desarrolla todos los temas de la teología católica. Sin embargo, presenta el núcleo de la fe alrededor del cual se ordena la enseñanza cristiana.

San Cirilo de Jerusalén, en sus catequesis dirigidas a quienes se preparaban para el Bautismo, comparaba la síntesis de la fe con una semilla de mostaza: pequeña en su forma, pero capaz de contener una gran riqueza.

La comparación es luminosa.

Un Credo breve puede llevarnos a meditar durante toda una vida. Cada una de sus afirmaciones abre un horizonte teológico inmenso.

Cuando decimos «Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra», estamos entrando en cuestiones como la existencia de Dios, la creación, la providencia y el sentido de nuestra propia existencia.

Cuando confesamos que Jesucristo «por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo», proclamamos el misterio de la Encarnación y el amor redentor de Dios.

Cuando afirmamos que resucitó al tercer día, confesamos que la muerte no constituye el destino definitivo del hombre.

Cuando decimos «Creo en el Espíritu Santo», entramos en el misterio de la tercera Persona de la Santísima Trinidad y en la obra de santificación que Dios realiza en nosotros.

Y cuando proclamamos «Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica», confesamos que Cristo no nos ha dejado una doctrina sin comunidad, sino una Iglesia a la que ha confiado la misión de enseñar, santificar y conducir a los hombres hacia la salvación.

El Credo es breve, pero su contenido es inagotable.

Por eso, repetirlo sin comprenderlo empobrece nuestra vida espiritual. En cambio, estudiarlo, meditarlo y vivirlo nos permite descubrir que cada una de sus palabras constituye una puerta de entrada al misterio cristiano.

4. El Credo en la Iglesia primitiva: una fe recibida, custodiada y transmitida

Para comprender por qué el Símbolo adquirió tanta importancia, debemos trasladarnos a los primeros siglos del cristianismo.

La Iglesia nació en un mundo en el que coexistían numerosas creencias, cultos, filosofías y tradiciones religiosas. El Imperio romano integraba pueblos muy diversos y permitía una amplia variedad de prácticas religiosas, aunque la relación entre las autoridades imperiales y los cristianos estuvo marcada, en determinados períodos y lugares, por la hostilidad y la persecución.

Los cristianos no se distinguían simplemente porque creyeran en una divinidad más. Su fe contenía afirmaciones muy concretas y, en ocasiones, profundamente incómodas para la mentalidad de su tiempo.

Creían en un solo Dios, rechazaban la adoración de los ídolos, proclamaban que Jesucristo era el Señor y anunciaban que Dios había resucitado corporalmente a Jesús de entre los muertos.

Además, reconocían en Cristo una autoridad que estaba por encima de cualquier poder político.

Todo ello hacía necesaria una transmisión fiel de la doctrina recibida.

4.1. Una comunidad que no inventaba su propia fe

Los primeros cristianos no entendían la fe como una búsqueda completamente individual en la que cada persona pudiera decidir libremente quién era Jesús y qué significaba su enseñanza.

La fe cristiana tenía un contenido recibido de los Apóstoles, testigos de la vida, muerte y resurrección del Señor. La comunidad cristiana debía conservarlo y transmitirlo sin sustituirlo por doctrinas contrarias al Evangelio.

San Pablo exhortaba a los fieles de Corinto:

> *«Manteneos firmes y conservad las tradiciones que habéis aprendido de nosotros, de viva voz o por carta».*
>
> *— Cf. 2 Tesalonicenses 2,15*

La tradición apostólica no significa aferrarse indiscriminadamente a cualquier costumbre antigua. Significa recibir y transmitir fielmente aquello que procede de la enseñanza apostólica y que la Iglesia conserva bajo la asistencia del Espíritu Santo.

Esta continuidad explica la importancia del Credo.

El Símbolo permite reconocer el contenido esencial de la fe transmitida y distinguirlo de las interpretaciones particulares que pudieran contradecirla.

En una época sin imprenta, sin comunicaciones instantáneas y sin acceso universal a los libros, las fórmulas breves desempeñaban una función catequética especialmente valiosa. Podían aprenderse de memoria, transmitirse oralmente y conservarse en la vida de las comunidades.

No debemos imaginar, sin embargo, que todos los cristianos de los primeros siglos recitaban desde el principio exactamente el mismo Credo, con idéntica formulación y extensión. Existieron diversas profesiones de fe vinculadas a las Iglesias locales, especialmente a la celebración del Bautismo.

La unidad de la fe apostólica no exigía que todas las fórmulas históricas fueran idénticas en cada palabra. Exigía que confesaran fielmente la misma verdad revelada.

4.2. El Símbolo y la preparación para el Bautismo

Una de las funciones más importantes del Credo en la Iglesia antigua fue su relación con la iniciación cristiana.

Quien deseaba hacerse cristiano debía recibir una formación adecuada. No bastaba con manifestar simpatía hacia Jesús ni con expresar una vaga admiración por el Evangelio.

El catecúmeno debía conocer las verdades fundamentales de la fe, comprender el significado de la conversión y prepararse para recibir los sacramentos de iniciación cristiana.

La profesión de fe estaba vinculada especialmente al Bautismo.

Cristo había mandado a los Apóstoles bautizar:

> *«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».*
>
> *— Mateo 28,19*

Esta fórmula trinitaria proporcionaba el marco fundamental de la fe bautismal. El cristiano era incorporado a Cristo y entraba sacramentalmente en la vida de la Iglesia.

Por eso, el Credo se desarrolló como una profesión vinculada a esa incorporación.

En diferentes Iglesias antiguas existieron prácticas catequéticas conocidas como traditio symboli y redditio symboli: la entrega del Símbolo a los catecúmenos y su posterior recitación por parte de estos.

La primera expresaba que la fe debía ser recibida de la Iglesia. La segunda manifestaba que el catecúmeno había aprendido y asumido aquella profesión de fe.

No era simplemente un examen de memoria. Era una etapa decisiva de preparación para el Bautismo.

La persona que recibía el Símbolo aprendía que no estaba inventando su propia religión: entraba en una fe que había sido transmitida desde los Apóstoles y que ahora debía confesar personalmente.

4.3. ¿Por qué era tan importante memorizar el Credo?

En la actualidad podemos consultar el texto del Credo en innumerables lugares. Lo encontramos en nuestros misales, catecismos, libros de oración y dispositivos electrónicos.

Pero durante buena parte de la historia cristiana, la memorización tenía una importancia todavía mayor.

Aprender el Símbolo permitía conservar en la memoria las verdades esenciales de la fe. El cristiano podía recordarlas en la oración, transmitirlas a sus hijos y recurrir a ellas en momentos de dificultad.

La memoria no era un fin en sí misma. Estaba al servicio de la inteligencia, de la fe y de la vida espiritual.

Recordemos que la fe católica no desprecia la razón. La gracia no destruye la naturaleza, sino que la eleva y la perfecciona. Por eso, aprender una fórmula de fe y comprender su significado son tareas complementarias.

Una persona puede memorizar el Credo sin entenderlo profundamente. También puede conocer explicaciones teológicas complejas y, sin embargo, carecer de una fe viva.

La formación cristiana exige ambas cosas: conocer aquello que creemos y adherirnos personalmente a Dios.

5. Roma, san Pedro y el Símbolo de los Apóstoles

Existe una relación histórica especialmente importante entre el Credo y la Iglesia de Roma.

El llamado Símbolo de los Apóstoles es considerado por la tradición católica un resumen fiel de la fe apostólica y constituye el antiguo símbolo bautismal de la Iglesia romana.

Su denominación no significa que podamos demostrar que los doce Apóstoles redactaron conjuntamente, palabra por palabra, la fórmula que hoy conocemos.

La tradición relacionó el Credo con la predicación apostólica y, en ocasiones, con la imagen de los doce Apóstoles aportando cada uno un artículo. Esta última imagen expresa simbólicamente la integridad de la fe apostólica, pero no debe confundirse con una reconstrucción histórica comprobada de su composición.

El Catecismo de la Iglesia Católica explica que el Símbolo de los Apóstoles posee una autoridad particular por su vinculación con la antigua profesión bautismal de la Iglesia de Roma, sede de san Pedro.

5.1. ¿Por qué es importante la Iglesia de Roma?

La Iglesia de Roma ocupa un lugar singular en la historia del cristianismo por su relación con los santos Apóstoles Pedro y Pablo, que dieron allí testimonio de Cristo hasta el martirio.

San Pedro recibió del Señor una misión particular:

> *«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».*
>
> *— Mateo 16,18*

Desde la perspectiva católica, el ministerio de Pedro y el de sus sucesores están vinculados a la unidad de la Iglesia y a la custodia de la fe apostólica.

Por eso, el antiguo símbolo bautismal romano tiene una importancia especial. No porque los cristianos de Roma hayan inventado una fe distinta, sino porque en esa Iglesia se conservó y transmitió una de las profesiones de fe más antiguas y venerables de la cristiandad.

La palabra Símbolo adquiere aquí todo su sentido eclesial.

Un cristiano que recita el Símbolo de los Apóstoles no se limita a recordar una fórmula antigua. Confiesa una fe que la Iglesia ha recibido, conserva y proclama a través de las generaciones.

5.2. El Símbolo de los Apóstoles y el Credo niceno-constantinopolitano

Conviene distinguir las dos fórmulas que encontramos habitualmente en la vida litúrgica católica.

Símbolo de los Apóstoles

Es una fórmula antigua de la tradición bautismal romana, concisa y muy adecuada para la catequesis y la oración personal. Comienza con «Creo en Dios, Padre todopoderoso…».

Símbolo niceno-constantinopolitano

Su formulación está vinculada a los dos primeros concilios ecuménicos: Nicea, en el año 325, y Constantinopla, en el 381. Expone de manera más desarrollada verdades centrales sobre Jesucristo y el Espíritu Santo.

Ambas profesiones expresan la misma fe católica. No son dos religiones distintas ni dos credos enfrentados.

El Símbolo niceno-constantinopolitano surgió en un contexto en el que resultaba necesario expresar con precisión la fe de la Iglesia frente a controversias doctrinales, particularmente las relacionadas con la divinidad del Hijo y la confesión trinitaria.

Por eso proclama que Jesucristo es «Dios verdadero de Dios verdadero», «engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre».

Estas palabras no son añadidos ornamentales. Protegen una verdad esencial: Jesucristo no es simplemente un hombre extraordinario, un profeta o una criatura elevada a una dignidad superior. Es el Hijo eterno de Dios, consustancial al Padre, que se hizo verdaderamente hombre por nuestra salvación.

El Símbolo niceno-constantinopolitano conserva una autoridad y una importancia extraordinarias en la vida de la Iglesia. Es compartido, con diferencias de formulación en determinados aspectos, por las grandes tradiciones cristianas de Oriente y Occidente.

6. ¿Por qué el Credo está dividido en artículos?

Cuando estudiamos el Símbolo, observamos que no es una sucesión desordenada de afirmaciones. Sus verdades están articuladas de manera que podemos comprender la unidad del plan de Dios.

La estructura fundamental del Credo gira en torno a las tres Personas de la Santísima Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

El Catecismo presenta esta organización en tres grandes partes: la creación, la redención y la santificación.

6.1. Primera parte: Dios Padre y la creación

El Credo comienza con Dios.

No comienza con el hombre, con sus sentimientos, sus necesidades o sus proyectos. Comienza con Aquel que es el origen y el fin de todas las cosas.

«Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra».

Esta primera afirmación establece el fundamento de nuestra visión del mundo.

La realidad no es fruto de un absurdo absoluto. El universo no es Dios, ni Dios es una fuerza impersonal confundida con la naturaleza. El Creador es distinto de lo creado y, al mismo tiempo, sostiene todo cuanto existe.

La fe en Dios Padre nos enseña que la existencia es un don y que la vida humana posee una dignidad que no depende exclusivamente del éxito, la salud, la posición social o la utilidad económica.

Si Dios es nuestro Creador, cada persona tiene un valor que no puede medirse únicamente por sus capacidades productivas.

Esta verdad resulta especialmente importante en una sociedad que con frecuencia juzga a los seres humanos por su rendimiento, su apariencia, su riqueza o su influencia.

El anciano, el enfermo, el niño no nacido, la persona discapacitada y quien atraviesa una situación de pobreza no pierden su dignidad por encontrarse en una condición de fragilidad.

Confesar que Dios es Padre todopoderoso significa reconocer que nuestra vida depende de Él y que estamos llamados a vivir como criaturas agradecidas, responsables y confiadas en su providencia.

6.2. Segunda parte: Jesucristo y la Redención

La segunda gran parte del Credo se centra en Jesucristo.

Confesamos su divinidad, su Encarnación, su Pasión, su muerte, su sepultura, su resurrección y su glorificación.

Aquí se encuentra el corazón del cristianismo.

Dios no permaneció indiferente ante el pecado y el sufrimiento humano. El Hijo eterno asumió nuestra naturaleza, sin dejar de ser Dios, para reconciliarnos con el Padre.

San Juan escribe:

> *«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».*
>
> *— Juan 1,14*

La Encarnación no significa que Dios se transformara en hombre dejando de ser Dios. Significa que el Hijo asumió una naturaleza humana verdadera, uniendo en su única Persona la naturaleza divina y la humana.

Jesucristo experimentó el hambre, el cansancio, el sufrimiento y la muerte. Vivió nuestra condición humana sin cometer pecado.

Su Pasión y su muerte no fueron un accidente sin sentido. Constituyen el sacrificio redentor mediante el cual nos reconcilia con Dios.

Y su resurrección no es una mera metáfora de esperanza ni un recuerdo afectuoso conservado por sus discípulos. La Iglesia confiesa que Cristo resucitó verdaderamente, venció la muerte y vive glorioso.

Por eso, recitar el Credo nos obliga a plantearnos una pregunta: ¿creemos realmente que

nuestra vida está llamada a participar de la victoria de Cristo?

Si la respuesta es afirmativa, la enfermedad, el fracaso, la vejez y la muerte deben ser contemplados desde una esperanza que no elimina el sufrimiento, pero impide que lo consideremos la última palabra.

6.3. Tercera parte: el Espíritu Santo, la Iglesia y la vida eterna

La tercera parte se centra en el Espíritu Santo y en los dones que Dios comunica a su Iglesia.

Confesamos la existencia de una Iglesia una, santa, católica y apostólica; el Bautismo para el perdón de los pecados; la resurrección de los muertos y la vida eterna.

Estas afirmaciones están íntimamente relacionadas.

El Espíritu Santo santifica a los fieles, los conduce hacia la verdad y los incorpora a la vida de Cristo. La Iglesia es el ámbito sacramental y visible en el que se transmite la fe, se celebra el culto cristiano y se anuncian los medios de salvación confiados por el Señor.

La Iglesia es santa por su origen divino, por Cristo, su Cabeza, y por la acción del Espíritu Santo, aunque sus miembros puedan cometer pecados y necesiten continuamente convertirse.

Es una porque tiene un solo Señor, una sola fe y un solo Bautismo. Es católica porque está llamada a abarcar a todos los pueblos y posee la plenitud de los medios de salvación confiados por Cristo. Es apostólica porque está fundada sobre el testimonio y la misión de los Apóstoles y conserva su enseñanza.

Finalmente, el Credo nos dirige hacia la vida eterna.

El cristiano no vive solamente para alcanzar bienestar temporal, acumular bienes o satisfacer sus deseos inmediatos. Vive orientado hacia Dios y espera la resurrección de los muertos.

Esta esperanza transforma la existencia presente.

Nos recuerda que nuestras decisiones tienen consecuencias eternas, que el pecado no es indiferente y que la santidad no constituye una afición reservada a unas pocas personas extraordinarias.

Todos estamos llamados a la conversión, a la caridad y a la unión con Dios.

7. ¿Qué significa decir «Creo»? La dimensión personal del Símbolo

Hay un detalle que no debemos pasar por alto: el Credo comienza, habitualmente, con la palabra «Creo».

No dice simplemente: «Existe un Dios», «Jesucristo fue un personaje histórico» o «La Iglesia enseña determinadas doctrinas».

Dice: «Creo».

El acto de fe compromete personalmente a quien lo realiza.

Creer no significa cerrar los ojos ante la realidad ni aceptar cualquier afirmación sin examinarla. La fe católica es una respuesta libre a Dios que se revela, una adhesión de la inteligencia y de la voluntad a la verdad que Él comunica.

La razón humana puede conocer muchas verdades acerca de Dios, pero la Revelación nos permite conocer misterios que superan nuestra capacidad natural, como el misterio de la Santísima Trinidad y la Encarnación del Verbo.

La fe no elimina la razón. La eleva y la conduce hacia una verdad que no podría descubrir por sus propias fuerzas.

Por eso, el cristiano puede estudiar, formular preguntas, profundizar en la teología y buscar respuestas. No tiene que confundir la fe con la ignorancia.

Pero también debe reconocer que Dios es infinitamente mayor que nuestra capacidad de comprenderlo. La inteligencia humana puede conocer verdaderamente a Dios sin llegar a abarcarlo por completo.

7.1. «Creo» y «creemos»: una fe que se recibe en la Iglesia

El Catecismo de la Iglesia Católica, en el número 185, enseña que quien dice «Creo» se adhiere a lo que la Iglesia cree. La comunión en la fe necesita un lenguaje común que una a los fieles en una misma confesión.

Esta afirmación nos ayuda a evitar dos errores opuestos.

El primero consiste en pensar que la fe es una experiencia puramente individual, en la que cada persona puede decidir por sí misma qué doctrinas cristianas acepta y cuáles rechaza, como si la Iglesia fuera una asociación de opiniones.

El segundo consiste en imaginar que la fe es un acto colectivo en el que la responsabilidad personal desaparece.

Ninguno de los dos refleja adecuadamente la doctrina católica.

Cada bautizado debe creer personalmente. Pero cree dentro de una comunidad que ha recibido la Revelación y que le transmite el contenido de la fe.

Cuando recitamos el Credo en la Santa Misa, decimos «Creo», aunque lo hagamos unidos a toda la asamblea. Cada uno de nosotros debe adherirse a lo que proclama, y todos juntos expresamos la comunión de la Iglesia.

Esto tiene una consecuencia pastoral muy importante: no podemos tratar la doctrina católica como si fuera un catálogo del que elegimos únicamente aquello que coincide con nuestras preferencias.

La fe exige humildad intelectual y disponibilidad para dejarnos enseñar por Dios a través de la Iglesia.

Eso no significa que nunca podamos tener dificultades para comprender una verdad o que todas nuestras preguntas deban desaparecer de inmediato. Significa que, cuando encontramos una dificultad, estamos llamados a estudiar, orar y buscar una comprensión más profunda, en lugar de convertir automáticamente nuestra incomprensión en un juicio contra la verdad revelada.

7.2. ¿Se puede recitar el Credo sin tener una fe viva?

Sí. Es posible pronunciar las palabras del Credo sin prestar atención, sin comprenderlas o incluso sin vivir de acuerdo con ellas.

Por eso, la mera repetición exterior no basta para describir la vida de fe.

La Iglesia distingue entre el contenido objetivo de la fe y la respuesta personal del creyente. El Credo expresa verdades que no dependen de nuestros sentimientos pasajeros, pero nuestra adhesión a esas verdades debe ser auténtica.

Pensemos en alguien que proclama creer en el perdón de los pecados, pero se niega sistemáticamente a reconocer sus propias faltas. O en quien confiesa la resurrección de los muertos, pero vive como si todo se redujera al éxito material.

La contradicción no demuestra que el Credo sea falso. Demuestra que la persona necesita convertir su vida para que corresponda mejor a aquello que confiesa.

El Credo no es una garantía automática de santidad. Es una llamada a creer, comprender y vivir la verdad.

8. El Símbolo y la unidad de la Iglesia: no creemos cada uno una religión distinta

Una de las consecuencias más importantes del significado del Símbolo es su relación con la unidad eclesial.

La Iglesia católica está extendida por todo el mundo. En ella conviven personas de lenguas, culturas, edades y circunstancias muy diferentes.

Un campesino de una pequeña localidad española, un sacerdote africano, una madre de familia brasileña, un anciano italiano y un joven filipino pueden encontrarse en una misma celebración litúrgica y proclamar la misma fe.

Esa unidad no procede de que tengan idénticas opiniones políticas, preferencias culturales o temperamentos. Procede de su comunión en Cristo y en la fe que la Iglesia ha recibido de los Apóstoles.

El Símbolo expresa esa unidad.

Por supuesto, la unidad católica no significa que todos los creyentes comprendan cada cuestión teológica con la misma profundidad. Tampoco significa que no existan diferencias legítimas en cuestiones prudenciales, disciplinas eclesiásticas o tradiciones litúrgicas.

Pero sí significa que hay verdades fundamentales que la Iglesia no considera opcionales.

La divinidad de Jesucristo, su verdadera Encarnación, su muerte redentora y su resurrección no son opiniones privadas que cada generación pueda sustituir por otras que le resulten más agradables.

Si cada individuo pudiera alterar a voluntad el contenido de la fe, la palabra «Símbolo» perdería una parte esencial de su significado. Ya no habría una profesión común que permitiera reconocer la misma fe apostólica.

8.1. La unidad no exige uniformidad cultural

Conviene distinguir la unidad de la fe de la uniformidad absoluta de las expresiones culturales.

La Iglesia ha conocido distintas tradiciones litúrgicas, espirituales y teológicas que, permaneciendo fieles a la fe católica, expresan de modos diversos la riqueza del misterio cristiano.

La diversidad legítima no destruye la unidad. Puede manifestarla con especial belleza.

Lo que no puede hacer es contradecir el contenido de la Revelación.

Esta distinción resulta particularmente importante para quienes desean vivir una espiritualidad tradicional. La conservación de la liturgia, de las oraciones antiguas, del canto gregoriano, del latín o de las devociones heredadas puede ser una ayuda valiosa para profundizar en la fe.

Pero el amor a las formas tradicionales debe conducirnos a amar todavía más a Cristo y a la verdad que la Iglesia confiesa.

No tendría sentido defender la forma exterior de una tradición mientras se descuida la caridad, se alimenta la soberbia o se desprecia a los demás fieles.

La tradición cristiana no es una pieza de museo. Es la transmisión viva de aquello que la Iglesia ha recibido, y debe ayudarnos a vivir con mayor fidelidad el Evangelio.

9. ¿Por qué el Símbolo era tan importante en un mundo de persecuciones?

La profesión de fe adquirió una fuerza extraordinaria en los primeros siglos porque, en determinadas circunstancias, confesar a Cristo podía implicar consecuencias sociales, jurídicas e incluso mortales.

Debemos evitar una simplificación histórica: las persecuciones contra los cristianos no fueron

constantes ni idénticas en todas las provincias del Imperio romano. Hubo períodos de relativa tranquilidad y otros de persecución, con circunstancias y motivaciones diversas.

Sin embargo, cuando las autoridades exigían actos religiosos incompatibles con la fe cristiana, algunos creyentes se encontraron ante una elección decisiva: renegar de Cristo o permanecer fieles a Él, aun a costa de su propia vida.

En ese contexto, el Símbolo no era una declaración abstracta.

Confesar a Jesucristo como Señor podía significar rechazar la exigencia de rendir culto religioso al emperador o a los dioses tradicionales. El cristiano afirmaba que su obediencia última pertenecía a Dios.

Esto no significaba necesariamente una rebelión política contra Roma. Los cristianos podían respetar a las autoridades civiles, cumplir sus obligaciones y contribuir al bien común. Pero no podían reconocer como divino a ningún poder humano.

La fe establecía un límite moral a la obediencia.

9.1. El testimonio de los mártires

El martirio constituye uno de los testimonios más impresionantes de la historia cristiana.

Los mártires no entregaban su vida porque amaran el sufrimiento por sí mismo. La entregaban porque consideraban que la fidelidad a Cristo valía más que conservar la existencia terrena a costa de negar la verdad.

Su testimonio no debe utilizarse para justificar la violencia ni el desprecio hacia quienes no comparten nuestra religión. El martirio cristiano consiste en sufrir por la fidelidad a Cristo, no en imponer la fe por la fuerza.

La sangre de los mártires manifiesta hasta qué punto la fe podía comprometer toda la existencia.

Cuando contemplamos su ejemplo, comprendemos que el Credo no es una fórmula que pronunciamos mientras todo marcha bien. Es una confesión que debe sostenernos también cuando creer resulta difícil, impopular o costoso.

Hoy, en numerosos lugares, los cristianos siguen padeciendo persecución por su fe. En otros contextos, las dificultades pueden ser menos dramáticas, pero no por ello carecen de

importancia: burlas, aislamiento social, presiones familiares o profesionales y la tentación de ocultar las propias convicciones para evitar conflictos.

La respuesta cristiana no debe ser la agresividad. Debe ser la fortaleza acompañada de la caridad.

El mártir no confiesa a Cristo para demostrar que es superior a los demás. Lo confiesa porque reconoce que ha recibido de Él una verdad y un amor que no puede abandonar.

9.2. La fidelidad cotidiana también es una forma de testimonio

No todos estamos llamados a derramar la sangre por Cristo. Pero todos los cristianos estamos llamados a dar testimonio de Él.

Para muchos, la fidelidad se manifestará en decisiones ordinarias:

- Rechazar una mentira aunque resulte beneficiosa.
- Defender la dignidad de una persona despreciada.
- Mantener la fidelidad matrimonial cuando aparecen dificultades.
- Cumplir honestamente las obligaciones laborales.
- Perdonar una ofensa sin renunciar a la justicia.
- No ocultar la fe por vergüenza, pero tampoco utilizarla para humillar a nadie.
- Permanecer fieles a la doctrina cristiana cuando la cultura dominante la presenta como anticuada.

El Símbolo nos recuerda que creer en Cristo no es simplemente identificarnos con una tradición familiar. Es aceptar que su señorío debe iluminar nuestras decisiones.

10. El Credo y las controversias doctrinales: la Iglesia protege la verdad recibida

A lo largo de la historia, la Iglesia se ha enfrentado a interpretaciones que cuestionaban verdades fundamentales acerca de Dios y de Jesucristo.

Las controversias doctrinales no fueron un fenómeno marginal. Obligaron a los pastores y teólogos a estudiar con rigor la Sagrada Escritura, a precisar el significado de los términos y a formular con mayor claridad lo que la Iglesia creía desde sus orígenes.

Un ejemplo decisivo fue la controversia arriana del siglo IV.

Arrio y sus seguidores sostenían una comprensión de Cristo incompatible con la confesión de su plena divinidad. La respuesta de la Iglesia condujo al Concilio de Nicea, celebrado en el año 325.

El Concilio afirmó que el Hijo es homoousios con el Padre, término griego que suele traducirse como «de la misma naturaleza» o «consustancial» al Padre.

La cuestión no era un simple debate sobre palabras. Si Jesucristo no fuera verdaderamente Dios, no podríamos confesarlo como el Hijo eterno que revela plenamente al Padre. La doctrina de la salvación quedaría profundamente alterada.

El Concilio de Constantinopla, en el año 381, contribuyó a la formulación trinitaria que encontramos en el Credo niceno-constantinopolitano.

10.1. ¿Por qué eran necesarias las definiciones doctrinales?

Porque las palabras pueden emplearse de maneras distintas y, en ocasiones, una expresión aparentemente cristiana puede ocultar una interpretación incompatible con la fe apostólica.

Decir que Jesucristo es «Hijo de Dios» no basta si cada persona atribuye a esa expresión un significado radicalmente diferente.

La Iglesia necesitaba aclarar qué quería decir cuando confesaba que el Hijo es verdadero Dios y verdadero hombre.

Por eso, las definiciones conciliares no pretendían inventar una nueva religión. Pretendían custodiar la identidad de la fe recibida y rechazar interpretaciones que la desfiguraban.

El Credo se convirtió así en una referencia doctrinal fundamental.

Esto no significa que todas las cuestiones teológicas quedaran resueltas en una sola fórmula. La teología católica ha continuado desarrollándose a lo largo de los siglos, profundizando en las verdades reveladas y explicando sus consecuencias.

Pero ese desarrollo debe conservar la continuidad con la fe apostólica. No puede consistir en negar aquello que la Iglesia ha recibido de Cristo.

10.2. La importancia de conocer el Credo en nuestros días

En una sociedad caracterizada por la abundancia de información, la confusión doctrinal

puede proceder de fuentes muy diversas.

Internet permite acceder a excelentes recursos de formación católica, pero también difunde interpretaciones erróneas, fragmentos descontextualizados de documentos y afirmaciones que confunden la doctrina de la Iglesia con opiniones particulares.

En ocasiones, un mensaje religioso puede parecer atractivo porque utiliza palabras cristianas, pero presentar una imagen de Jesucristo que no corresponde a la fe católica.

Conocer el Credo proporciona un punto de referencia.

No sustituye el estudio de la Sagrada Escritura, del Catecismo o de la enseñanza de la Iglesia, pero ofrece una estructura fundamental para comprenderlos.

Quien conoce el Símbolo dispone de un mapa que le ayuda a situar las grandes cuestiones de la fe.

Por eso, la catequesis no debería limitarse a enseñar a repetir el Credo. Debe ayudar a comprender sus afirmaciones, explicar sus fundamentos bíblicos y mostrar cómo orientan la vida cristiana.

11. ¿Qué significa el Símbolo para un católico del siglo XXI?

Podríamos pensar que el significado antiguo del Símbolo pertenece a un mundo desaparecido.

Ya no vivimos en las ciudades de la Antigüedad. No necesitamos presentar una pieza de cerámica rota para que otra persona reconozca nuestra identidad. Podemos comunicar nuestras creencias mediante libros, páginas web y mensajes instantáneos.

Sin embargo, la necesidad de reconocer aquello que creemos continúa siendo plenamente actual.

Hoy se habla mucho de identidad, pertenencia, autenticidad y libertad individual. Al mismo tiempo, numerosas personas experimentan una creciente dificultad para encontrar referencias estables sobre el sentido de la vida, la verdad moral y el destino del ser humano.

En este contexto, el Credo nos recuerda que la fe cristiana no es una construcción improvisada.

No comenzamos desde cero cada mañana para decidir qué significa Dios, quién es Jesucristo o qué debemos esperar después de la muerte.

Recibimos una fe que tiene una historia, un contenido y una comunidad.

Esta recepción no elimina nuestra libertad. Al contrario, nos invita a ejercerla de una manera más profunda: conociendo la verdad, examinando nuestra conciencia y ordenando nuestra vida hacia el bien.

11.1. Frente al individualismo: no soy el autor de mi propia fe

Una de las tentaciones contemporáneas consiste en construir una religión a medida.

Una persona puede afirmar que cree en Dios, pero rechazar cualquier doctrina que cuestione sus decisiones. Puede aceptar las enseñanzas de Jesús sobre la misericordia y rechazar aquellas que exigen conversión. Puede desear consuelo espiritual sin aceptar las consecuencias morales de la fe.

El Credo nos recuerda que la fe no es una selección de preferencias personales.

Cuando decimos «Creo en Dios Padre todopoderoso», no podemos reducir a Dios a una idea que nos resulte cómoda.

Cuando confesamos «Creo en Jesucristo», no podemos quedarnos únicamente con aquellos episodios de su vida que coinciden con nuestras expectativas.

Cuando afirmamos «Creo en la Iglesia», debemos comprender que la fe cristiana tiene una dimensión eclesial y sacramental, no únicamente privada.

Esto exige humildad. Debemos aceptar que nuestras ideas pueden necesitar corrección y que no somos la medida última de la verdad.

11.2. Frente al relativismo: la verdad importa

El relativismo sostiene, en sus formas más radicales, que no existe una verdad objetiva que pueda ser conocida y que todas las afirmaciones sobre cuestiones fundamentales son igualmente válidas.

La fe católica no comparte esa visión.

La Iglesia sostiene que Dios es la Verdad y que, aunque nuestra comprensión sea limitada, podemos conocer verdaderamente aquello que Él ha revelado.

Esto no autoriza a los cristianos a tratar con desprecio a quienes discrepan de ellos. La verdad debe proponerse con claridad y defenderse mediante argumentos honestos, unida siempre al respeto por la dignidad de las personas.

Pero tampoco podemos afirmar que todas las doctrinas son equivalentes.

El Credo proclama afirmaciones concretas sobre Dios, Cristo, el Espíritu Santo, la Iglesia y la vida eterna. Su contenido no es intercambiable con cualquier otra concepción religiosa.

La caridad cristiana exige amar a las personas; no exige declarar verdaderas todas sus ideas.

11.3. Frente al materialismo: la vida tiene un destino eterno

El Credo termina orientando nuestra mirada hacia la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

Esto transforma nuestra comprensión de la existencia.

Si el hombre estuviera destinado únicamente a desaparecer, la muerte marcaría el final absoluto de todos sus proyectos, relaciones y esperanzas.

La fe cristiana, en cambio, anuncia que Dios nos llama a una vida que supera la muerte.

No significa despreciar este mundo ni desentendernos de las obligaciones presentes. Precisamente porque creemos en Dios creador y esperamos la resurrección, debemos cuidar de nuestra vida, amar al prójimo, practicar la justicia y trabajar por el bien común.

Pero no podemos convertir los bienes temporales en nuestro fin último.

El dinero, la salud, el reconocimiento social y el éxito profesional pueden ser bienes legítimos. No pueden ocupar el lugar de Dios.

El Credo nos recuerda que nuestra existencia está llamada a una plenitud que ninguna realidad temporal puede proporcionar por sí sola.

12. El Símbolo como sello bautismal: pertenecer a Cristo

Existe otra imagen antigua de gran riqueza espiritual: la del sello.

El Catecismo recoge el testimonio de san Ambrosio, quien describe el Símbolo como un sello espiritual, una meditación del corazón y una protección constante para el alma. También relaciona la profesión de fe con el sello bautismal.

¿Qué significa esta imagen?

Un sello puede identificar algo como perteneciente a una persona o institución. En la vida cristiana, la imagen evoca la pertenencia a Dios y la incorporación a Cristo.

Debemos distinguir, sin embargo, entre el Símbolo de la fe y el carácter sacramental del Bautismo. No son realidades idénticas.

El Bautismo imprime un carácter sacramental indeleble. El Credo expresa la fe que se profesa en relación con ese sacramento y recuerda la identidad cristiana que estamos llamados a vivir.

Por eso, el Símbolo puede considerarse una especie de espejo espiritual: al pronunciarlo, debemos preguntarnos si nuestra vida corresponde a la identidad que confesamos.

12.1. ¿De quién somos realmente?

En una sociedad que invita constantemente a definirnos por nuestros gustos, nuestros logros o nuestra posición, el Credo nos recuerda una identidad más profunda.

Somos criaturas de Dios. Hemos sido llamados a la existencia por Él y estamos invitados a participar de su vida por la gracia.

El cristiano no se pertenece a sí mismo de manera absoluta, como si pudiera disponer de su existencia sin referencia alguna al bien, a la verdad o a Dios.

San Pablo escribe:

> *«Habéis sido comprados a buen precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo».*

> *— 1 Corintios 6,20*

El Apóstol se refiere al valor de la redención realizada por Cristo y a la dignidad de la persona llamada a vivir para Dios.

Esta verdad no debe interpretarse como una anulación de la libertad humana. La gracia no nos convierte en instrumentos sin voluntad. Nos libera del pecado y nos capacita para amar con una libertad más plena.

El bautizado está llamado a vivir como hijo de Dios, a rechazar el pecado y a ordenar sus actos conforme a la voluntad divina.

El Credo nos recuerda esa vocación cada vez que lo recitamos con atención.

12.2. La identidad cristiana no se reduce a una etiqueta

No basta con identificarse culturalmente como católico.

La pertenencia a la Iglesia debe expresarse en la oración, la participación en los sacramentos, la obediencia a los mandamientos, la práctica de la caridad y la disposición a convertirse.

Eso no significa que debamos ser perfectos antes de acercarnos a Dios. Precisamente porque somos pecadores necesitamos la gracia, el perdón y la ayuda de la Iglesia.

Significa que no podemos conformarnos con una identidad meramente exterior.

El Símbolo debe despertar en nosotros el deseo de ser aquello que confesamos.

13. Cómo rezar el Credo de manera más consciente

Después de estudiar su historia y su significado teológico, podemos preguntarnos cómo aprovechar mejor esta oración en nuestra vida cotidiana.

La primera recomendación es sencilla: no recitemos el Credo como si fuera una obligación mecánica que debemos terminar cuanto antes.

Es una profesión de fe. Cada una de sus afirmaciones merece nuestra atención.

13.1. Antes de comenzar, hagamos un acto interior de fe

Podemos detenernos unos instantes antes de recitarlo y recordar que nos encontramos ante Dios.

No es necesario realizar una preparación complicada. Basta con recogernos interiormente y pedir al Señor que aumente nuestra fe.

Podemos decir en silencio:

«Señor, creo en ti. Ayúdame a comprender mejor las verdades que has revelado y a vivir de acuerdo con ellas».

Esta disposición nos ayuda a pasar de la repetición exterior a una oración consciente.

13.2. Meditemos una afirmación cada día

El Credo puede convertirse en una excelente escuela de formación espiritual.

Durante una semana, por ejemplo, podemos dedicar unos minutos a meditar sobre distintas afirmaciones:

- Dios Padre y la creación: agradecer el don de la vida y examinar si vivimos con responsabilidad ante Dios y ante los demás.
- Jesucristo y la Encarnación: contemplar el amor de Dios que se acerca a nuestra condición humana.
- La Pasión y la muerte de Cristo: examinar nuestra relación con el pecado, el sacrificio y la conversión.
- La resurrección: renovar la esperanza ante las dificultades y el sufrimiento.
- El Espíritu Santo: pedir su ayuda para crecer en las virtudes y vencer nuestros defectos.
- La Iglesia: profundizar en nuestra pertenencia a la comunidad cristiana y en la responsabilidad de contribuir a su santidad.
- La vida eterna: ordenar nuestras prioridades a la luz de nuestro destino último.

No se trata de añadir muchas prácticas nuevas a una vida ya ocupada. Se trata de rezar con mayor profundidad aquello que la Iglesia nos propone.

13.3. Relacionemos el Credo con la Sagrada Escritura

El Símbolo resume verdades que encontramos desarrolladas en toda la Biblia.

Cuando confesamos la creación, podemos meditar Génesis 1.

Cuando profesamos que Jesucristo es el Hijo de Dios, podemos leer el prólogo del Evangelio de san Juan.

Cuando afirmamos su muerte y resurrección, podemos acudir a los relatos de la Pasión y a 1 Corintios 15.

Cuando confesamos la Iglesia y el Bautismo, podemos estudiar Mateo 28,19-20 y Hechos de los Apóstoles.

Esta práctica nos ayuda a comprender que el Credo no es una fórmula desligada de la Escritura. Es una síntesis de la fe que la Iglesia recibe de la Revelación y transmite en su enseñanza.

13.4. Recemos el Credo en familia

En una familia católica, el Credo puede ayudar a transmitir la fe entre generaciones.

Los padres pueden explicar a sus hijos qué significa cada afirmación, responder a sus preguntas y enseñarles que la fe no consiste simplemente en repetir palabras.

También los adultos que retoman la práctica religiosa después de muchos años pueden beneficiarse de este ejercicio.

No debemos avergonzarnos de volver a estudiar los fundamentos de la fe. La formación cristiana no termina con la infancia ni con la recepción de los sacramentos de iniciación.

Un católico puede llevar décadas asistiendo a Misa y descubrir todavía nuevas riquezas en el Credo.

La teología no agota el misterio de Dios, pero nos ayuda a conocerlo con mayor profundidad y a evitar interpretaciones equivocadas.

14. El Credo en la Santa Misa: una profesión de fe ante Dios y ante la Iglesia

En la celebración eucarística, la profesión de fe ocupa un lugar significativo después de la homilía en los domingos y solemnidades en los que está prescrita.

No es una pausa sin relación con el resto de la liturgia.

Después de escuchar las lecturas bíblicas y la predicación, los fieles responden proclamando la fe de la Iglesia.

La Palabra de Dios ha sido anunciada; la asamblea confiesa ahora las verdades fundamentales que ha recibido.

Esta profesión prepara espiritualmente para continuar la celebración, en la que la Iglesia presenta sus súplicas, ofrece el sacrificio eucarístico y participa sacramentalmente de la vida de Cristo.

14.1. ¿Por qué nos ponemos en pie para recitarlo?

La postura corporal también tiene un significado litúrgico.

En la liturgia romana, los fieles permanecen habitualmente de pie durante el Credo. Esta postura expresa atención, respeto y disposición para confesar la fe.

No debemos convertir el gesto en una mera formalidad ni atribuirle significados que la Iglesia no establece. Pero sí podemos reconocer que la liturgia compromete al hombre entero: alma y cuerpo, inteligencia y voluntad.

La fe no es únicamente un sentimiento interior. Se expresa mediante palabras, gestos, posturas y acciones.

Por eso, recitar el Credo en la Santa Misa nos recuerda que no estamos rezando una oración privada aislados de los demás. Estamos confesando la fe junto a la Iglesia, en el contexto del culto que ofrecemos a Dios.

14.2. ¿Qué Credo debemos utilizar?

En la Santa Misa del rito romano, el Símbolo niceno-constantinopolitano es la profesión

habitual. El Misal Romano contempla también, en las circunstancias previstas, el Símbolo de los Apóstoles, especialmente conocido por su uso catequético y bautismal.

Las normas litúrgicas concretas deben seguirse conforme a los libros aprobados por la Iglesia.

Lo importante es comprender que ambas fórmulas están al servicio de una misma finalidad: confesar la fe católica.

No debemos confundir la preferencia espiritual por una fórmula con la idea de que la otra carece de valor. Cada una posee su historia y su lugar en la tradición de la Iglesia.

La fidelidad litúrgica incluye comprender el significado de las oraciones, respetar las normas de la celebración y participar con una disposición interior adecuada.

15. El Símbolo y la tradición católica: conservar la fe sin convertirla en una reliquia

Para quienes aman la liturgia tradicional, la historia del Símbolo ofrece una enseñanza especialmente importante.

La Iglesia no ha conservado el Credo durante siglos simplemente porque sea una fórmula venerable o porque nos conecte emocionalmente con nuestros antepasados.

Lo conserva porque expresa la fe que ha recibido de Cristo por medio de los Apóstoles.

Su antigüedad es valiosa, pero su valor no depende exclusivamente de la edad. Depende de la verdad que proclama y de su fidelidad a la Revelación.

Esto nos permite comprender mejor qué significa realmente la tradición católica.

La tradición no consiste en repetir mecánicamente todo lo que pertenece al pasado. Tampoco consiste en adaptar continuamente la fe a las preferencias de cada época.

Consiste en recibir fielmente el depósito de la fe, comprenderlo cada vez mejor y transmitirlo íntegro a quienes vienen después.

El Credo es una manifestación privilegiada de esa continuidad.

15.1. La fe no cambia porque cambien las modas

Las sociedades cambian. Las ideas filosóficas se suceden. Los sistemas políticos aparecen y desaparecen. Las formas de comunicación se transforman.

Pero la verdad revelada no depende de las modas culturales.

La Iglesia puede y debe explicar la fe de manera que las personas de cada época puedan comprenderla. También puede profundizar en sus implicaciones y responder a nuevas preguntas.

Sin embargo, esa tarea no autoriza a sustituir el contenido esencial de la fe por afirmaciones contrarias a lo que Cristo ha revelado.

El Credo nos proporciona una referencia estable en medio de los cambios históricos.

Cuando confesamos que Jesucristo resucitó, no estamos expresando una metáfora adaptable a cualquier interpretación. Confesamos un acontecimiento central de la fe cristiana.

Cuando proclamamos que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, no hablamos de tres dioses ni de tres manifestaciones temporales de una sola Persona. Confesamos al único Dios verdadero en tres Personas divinas.

Cuando afirmamos que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica, no describimos un ideal puramente futuro. Confesamos las propiedades de la Iglesia fundada por Cristo, aunque sus miembros deban trabajar continuamente por una vida más santa y una comunión más plena.

La fidelidad a la tradición exige conocer estas verdades, no solamente defender símbolos exteriores asociados a ellas.

15.2. El peligro de convertir la tradición en motivo de orgullo

Existe una tentación que debemos reconocer con sinceridad: utilizar el conocimiento religioso como motivo de superioridad.

Una persona puede conocer el latín litúrgico, estudiar a los Padres de la Iglesia, apreciar la solemnidad del culto antiguo y tener una formación doctrinal considerable. Todo ello puede ser bueno y contribuir a una vida espiritual fecunda.

Pero esos conocimientos no nos hacen automáticamente santos.

Si alimentan la soberbia, la impaciencia, el desprecio hacia los ignorantes o la falta de caridad, necesitan ser purificados.

La finalidad de la doctrina cristiana no es proporcionarnos armas para humillar a los demás. Es conducirnos a la verdad y, por medio de ella, a una unión más profunda con Dios.

El verdadero amor a la tradición debe producir frutos de humildad, reverencia, obediencia a la verdad y caridad.

El Símbolo nos recuerda que todos recibimos la fe. Nadie es su propietario absoluto. Todos somos discípulos antes que maestros.

16. El Credo como examen de conciencia espiritual

Podemos aprovechar el Símbolo para realizar un examen de conciencia que vaya más allá de la enumeración de nuestros pecados.

Cada artículo nos permite revisar nuestra relación con Dios y con el prójimo.

«Creo en Dios Padre todopoderoso». ¿Confío realmente en la providencia divina o vivo dominado por la ansiedad, como si todo dependiera exclusivamente de mis fuerzas?

«Creador del cielo y de la tierra». ¿Agradezco el don de la vida? ¿Respeto la dignidad de las personas? ¿Utilizo responsablemente los bienes que he recibido?

«Creo en Jesucristo». ¿Ocupa Cristo el centro de mi existencia? ¿Conozco su Evangelio? ¿Intento seguir sus mandamientos o solamente recurro a Él cuando necesito ayuda?

«Que fue crucificado, muerto y sepultado». ¿Reconozco la gravedad del pecado? ¿Acepto la necesidad de conversión? ¿Sé unir mis sufrimientos a los de Cristo sin caer en la desesperación?

«Y resucitó al tercer día». ¿Vivo con esperanza? ¿Me dejo dominar por el miedo a la muerte, al fracaso o a la vejez?

«Creo en el Espíritu Santo». ¿Pido su ayuda? ¿Me esfuerzo por crecer en las virtudes? ¿Estoy dispuesto a abandonar los hábitos que me alejan de Dios?

«Creo en la Iglesia». ¿Participo en su vida sacramental? ¿Rezo por sus pastores y por los fieles? ¿Contribuyo a la unidad y evito alimentar divisiones innecesarias?

«Creo en el perdón de los pecados». ¿Reconozco mis faltas y acudo al sacramento de la Penitencia cuando lo necesito? ¿Estoy dispuesto a perdonar a quienes me han ofendido?

«Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro». ¿Ordeno mis decisiones a la luz de la eternidad? ¿O vivo exclusivamente para los bienes pasajeros?

Este examen no pretende sustituir el examen de conciencia necesario para una buena confesión sacramental. Es una ayuda complementaria para descubrir cómo la fe que proclamamos debe transformar nuestra vida.

17. Una propuesta práctica: redescubrir el Credo durante treinta días

Quien desee profundizar en el Símbolo puede dedicar un mes a estudiarlo y rezarlo con mayor atención.

No hace falta disponer de muchas horas diarias. Bastan unos minutos de lectura, oración y examen personal.

Itinerario espiritual de treinta días

Una propuesta sencilla para profundizar en la profesión de fe.

Semana 1 — El Padre y la creación

Medita sobre Dios, su omnipotencia, la creación y la providencia. Lee Génesis 1 y el comienzo del Evangelio de san Juan. Pregúntate si reconoces a Dios como origen y fin de tu vida.

Semana 2 — Jesucristo y la Redención

Estudia la Encarnación, la Pasión, la muerte y la resurrección del Señor. Lee Juan 1,14 y 1 Corintios 15,1-8. Dedica tiempo a agradecer la obra redentora de Cristo.

Semana 3 — El Espíritu Santo y la Iglesia

Profundiza en la Santísima Trinidad, la santificación, la Iglesia y los sacramentos. Lee Mateo 28,19-20 y Hechos 2. Examina tu participación en la vida de la Iglesia.

Semana 4 — El perdón y la vida eterna

Medita sobre el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna. Revisa tus prioridades y considera qué aspectos de tu vida necesitan una conversión más profunda.

Días 29 y 30 — Recitar y vivir

Reza el Credo completo despacio. Escoge las afirmaciones que más necesites interiorizar y formula un propósito concreto para vivirlas durante los meses siguientes.

Durante este itinerario, puede ser especialmente útil consultar los números 185-197 del Catecismo de la Iglesia Católica, dedicados precisamente a los Símbolos de la fe. Allí encontrarás la explicación doctrinal de su significado, su estructura y su importancia para la vida cristiana.

El objetivo no es convertir la oración en una tarea más de nuestra agenda. Es permitir que la fe ilumine gradualmente nuestros pensamientos, nuestras decisiones y nuestras relaciones.

18. Las preguntas que debemos hacernos cuando pronunciamos el Símbolo

Después de recorrer su historia y su contenido, podemos volver a la pregunta inicial: ¿por qué se llama Símbolo al Credo?

Ahora podemos responder con mayor profundidad.

Se llama Símbolo porque es una profesión de fe que reúne las verdades fundamentales del cristianismo y permite reconocer la fe que comparten los creyentes. Evoca, además, aquella función antigua de los objetos partidos cuyas mitades permitían comprobar una correspondencia e identificar a quienes estaban vinculados entre sí.

En el cristianismo, esa correspondencia no es meramente material. Es una comunión en la fe recibida de los Apóstoles y transmitida por la Iglesia.

Pero la explicación histórica nos conduce a una pregunta espiritual más exigente.

Cuando pronunciamos el Credo, ¿reconocemos verdaderamente la fe que estamos profesando?

No basta con que los demás nos identifiquen como católicos. Debemos preguntarnos si

nosotros mismos reconocemos a Cristo como Señor de nuestra vida.

¿Creemos en el Dios creador cuando debemos tomar decisiones que afectan a nuestra familia, a nuestro trabajo o a nuestra conciencia?

¿Creemos en Jesucristo crucificado cuando el Evangelio nos exige renunciar a nuestro egoísmo?

¿Creemos en su resurrección cuando atravesamos una enfermedad, un duelo o una situación que parece no tener salida?

¿Creemos en el Espíritu Santo cuando debemos luchar contra un pecado habitual?

¿Creemos en la Iglesia cuando sus enseñanzas contradicen nuestras preferencias personales?

¿Creemos en la vida eterna cuando debemos elegir entre un beneficio inmediato y una decisión moralmente recta?

Estas preguntas muestran que el Credo no pertenece únicamente al ámbito de las ideas. Es una profesión que debe orientar la existencia entera.

No siempre viviremos a la altura de lo que confesamos. Somos débiles y necesitamos la gracia de Dios. Pero precisamente por eso debemos volver una y otra vez al Símbolo, no como quien repite una contraseña para demostrar que pertenece a un grupo, sino como quien recuerda la verdad que desea amar y vivir.

La fe se recibe, se profesa, se celebra y se practica.

Conclusión: el Símbolo que une nuestra voz con la fe de los Apóstoles

Hay algo profundamente conmovedor en pensar que, cuando un católico recita el Credo, sus palabras lo unen espiritualmente a innumerables generaciones de cristianos que lo precedieron.

Hombres y mujeres de distintas épocas y culturas han confesado al mismo Dios, han reconocido a Jesucristo como Señor y han esperado la resurrección de los muertos.

Algunos vivieron en las ciudades del Imperio romano. Otros atravesaron la Edad Media, presenciaron grandes cambios históricos o transmitieron la fe en circunstancias difíciles. Muchos permanecieron desconocidos para el mundo, pero fueron fieles en la oración, en la familia, en el trabajo y en el sufrimiento.

Otros dieron testimonio de Cristo hasta el martirio.

No todos pronunciaron exactamente la misma fórmula en cada época y lugar. Sin embargo, la Iglesia ha conservado y transmitido las profesiones de fe que expresan el núcleo de la misma fe apostólica.

Esa continuidad es una de las grandes riquezas del cristianismo.

El Símbolo no es una reliquia verbal ni una simple contraseña religiosa. Es una síntesis de la verdad revelada, una expresión de comunión eclesial y una llamada a vivir de acuerdo con lo que creemos.

Cuando decimos «Creo en Dios», reconocemos que nuestra existencia tiene su origen y su fin en Él.

Cuando proclamamos «Creo en Jesucristo», aceptamos que nuestra salvación no procede exclusivamente de nuestras fuerzas, sino del amor redentor de Dios.

Cuando confesamos «Creo en el Espíritu Santo», reconocemos que necesitamos su gracia para crecer en santidad.

Cuando afirmamos «Creo en la Iglesia», confesamos nuestra pertenencia a una comunidad que ha recibido la misión de custodiar y transmitir la fe.

Y cuando concluimos esperando la vida eterna, levantamos la mirada por encima de las preocupaciones inmediatas y recordamos que hemos sido creados para Dios.

Por eso, la próxima vez que te pongas en pie durante la Santa Misa y comiences a recitar el Credo, procura hacerlo de una manera distinta.

No tengas prisa.

Pronuncia cada afirmación con atención. Recuerda a los Apóstoles que transmitieron la fe, a los santos que la vivieron y a los mártires que prefirieron morir antes que renegar de Cristo.

Y pregúntate, con humildad, si estás dispuesto a dejar que esa fe transforme tu vida.

Porque el verdadero sentido del Símbolo no consiste solamente en identificar aquello que creemos.

Consiste en reconocer la verdad que hemos recibido, permanecer unidos en la fe de la Iglesia y vivir de tal manera que nuestras obras no contradigan las palabras que pronunciamos.

El Credo es la voz de la Iglesia que llega hasta nuestros labios. Que, por la gracia de Dios, llegue también a nuestro corazón y transforme toda nuestra vida.